

1809, primero de su acción, podemos señalar cómo el éxito coronó sus actos. Su valía reconocida por el gobierno y sus ataques a fuerzas enemigas, siempre afortunados, hizo ser conocido su nombre, que pronto se olvidó al no mencionársele nada más que con el calificativo de «El Médico», por su antigua profesión. El mariscal Jourdan, sintiendo el daño que ocasionaba a sus destacamentos, correos, convoyes y patrullas, destinó un numeroso contingente de tropas encaminadas únicamente a su persecución y posible aniquilamiento.

El que el éxito siempre sonriera sus actos se debía a la cuidadosa elección del terreno, clara visión de la oportunidad y las órdenes preventivas dadas con la necesaria antelación, en que cuidaba hasta de los menores detalles. Sus condiciones innatas para hacerse obedecer ciegamente de sus hombres, a los que consiguió pronto una elevada moral, factor esencial de la guerrilla, por la seguridad casi absoluta de poder evitar el fracaso, hizo que la atención general se pusiera en su persona y que en cantidad acudieran voluntarios dispuestos a engrosar su partida. Su trato humano a los prisioneros fué glorificado por los propios franceses, ya que rara vez ejecutaba a sus cautivos a no ser en revancha en más de una ocasión por el arcabuceamiento de algún guerrillero. No eran venganzas ruines, sino justiciera reparación y aviso directo para acabar con la guerra incruenta. Tampoco se puede pensar que sus encuentros fueran sin dejar muertos a su paso, porque entraban al combate dispuestos a matar, o morir matando, por liberar a la patria invadida, salvar la fe y vengar agravios. Conviene también recordar que las batallas sostenidas por los guerrilleros, sobre todo en estos primeros años, no son verdaderas batallas campales, sino la elección anticipada de un lugar conveniente, secreto, que sirviera para sorprender al enemigo numéricamente superior, causarles los mayores daños posibles y emprender seguidamente la huida. Nunca aceptaban un encuentro ofrecido por el enemigo y su acción no podía ser la de colocarse en mejor posición y esperar o adelantar el choque. El ataque inesperado que se ejecuta cuando una de las partes ignora a la otra, aunque vaya precavida contra cualquier eventualidad, es la batalla del guerrillero. Y en más de una ocasión, los guerrilleros vieron pasar ante sus ojos y alcance de sus armas a fuerzas enemigas, que no eran atacadas por orden del jefe, receloso de una emboscada o de un encuentro de larga duración en los que siempre llevarían la peor parte. Por ello no resultaba vergonzosa la huida a los guerrilleros después de un breve ataque, en que resulta imposible ofrecer batalla,

